
EL ALMA DE RODÓ

Una década ha pasado. Diez años han rodado en torno del pedestal donde se asienta la efigie inmóvil del escritor sus arenas de olvido. Gran espacio en la vida de un hombre, aunque no alcance todavía al que señala el historiador latino en una de sus frases amonedadas en bronce perenne; gran espacio también en la vida de un libro, espacio que basta para que se extinga para siempre la irradiación de muchas ideas que parecieron destinadas a vivir después de sumergido en la sombra mortal el espíritu del que fueron emanación. Una nueva generación se adelanta a ocupar el escenario de la vida, diversa de aquella que bebió la doctrina fresca, manante aun a borbollones de la fuente originaria, generosa. Una penumbra más o menos prolongada suele seguir al ocaso de los hombres que fueron proclamados grandes por el pensamiento o por la acción, de los que alguna generación humana reconoció como encarnaciones de sus impulsos dinámicos o como heraldos de sus ideales. Penumbra tras la cual es el eclipse definitivo o es el resplandor cenital de una gloria que afirma y hace reconocer credenciales en la conciencia de la posteridad. Las voces de negación, que antes acallara el temor a estrellarse contra la opinión de los contemporáneos, se alzan contra el hombre y la obra; como decía Goethe, el abogado del diablo, el abogado del espíritu que niega, se sienta a la cabecera del lecho del final reposo y formula todos los motivos para creer en la fragilidad o caducidad de la labor sometida al fallo de la posteridad. Los análisis de la crítica, corroen hasta lo íntimo de la obra y someten a prueba los quilates de su metal. La obra misma se despoja lentamente de todo lo que fué valor circunstancial, caedi-

zo, transitorio y resplandece en lo que tuvo, si de veras lo tuvo, de esencial y de eterno. Resurge la obra de verdad grande, esquematizada en la pureza de sus líneas fundamentales. El tiempo que es implacable demolidor de ídolos de barro, es el factor idealizador por excelencia. Se ha comparado su acción a la tarea por medio de la cual se elabora la obra de arte en la mente del artista. Labor de artista es, ciertamente, la obra lenta y fatal del tiempo. Tal como el artista que escoge entre los elementos que se le brindan, aquéllos que muestran el carácter íntimo, substancial de las cosas y desecha los triviales e inexpressivos, así el tiempo procede con las efigies insignes, depurándolas, desvaneciendo los rasgos y líneas inexpressivas y dejando resaltantes, nítidos, los lineamientos característicos y esenciales de la personalidad.

Ahora, al volver a Rodó, después de esta penumbra, para el maestro tan llena de vislumbres y presentimientos luminosos de inmortalidad, su figura armónica y serena resurge a nuestros ojos en quietud pensativa de estatua. Si los motivos de admirarlo no subsisten idénticos, tales como los formulamos en alguna hora fervorosa de nuestra adolescencia; si al golpear de nuevo para hacerlas resonar alguna de sus cinceladas ánforas nos ha respondido el ruido del vacío, si hemos puesto sordina a muchos de nuestros entusiasmos no razonados, más allá de toda crítica, más allá de toda negación parcial, el sentimiento de admiración y de respeto por su figura de pensador y de artista aun vive, aun alienta en nosotros, cálido y cordial.

Ortega y Gasset, en uno de sus más densos ensayos, distingue entre las generaciones de

ideología pacífica y las de ideología beligerante. Son las primeras aquellas dispuestas a aceptar con veneración el legado de las predecesoras; las segundas, las que campean imponiéndose en desembozada y clamorosa lucha contra las nociones recibidas y se afirman en guerra contra ellas. Hace algunos años se hubiera hablado de revisionistas y no revisionistas. Sin duda, no es el de Rodó un espíritu beligerante, afirmativo, acuñador y defensor de nuevas ideas. En su temperamento de omnicompreensivo, en el relativismo heredado de los maestros franceses de su hora, predomina el deseo de avenimiento, de conciliación sobre el animoso instinto bélico. Pero junto al creador de ideas o doctrinas, al lado del removedor de ideas, hay un sitio, un sitio encumbrado y apetecible, en las jerarquías del espíritu, para el ordenador de ideas y de concepciones. Así fué nuestro Rodó: toda su obra, en sus múltiples aspectos obedece a un secreto y profundísimo instinto de orden. Entendedlo bien: no un orden artificioso, un orden puramente formal, un orden muerto que se exterioriza en la simetría retórica, o en un simple conformismo, como diría Emerson, en la esfera moral o social. El sentimiento de la armonía de la vida *hincha su obra*. Su horizonte mental es el horizonte mental lógico y jerarquizado de un alma de latina estirpe, ecúido de una banda de azul extático. Todo en él asume un aire de nobleza, de selección, de afinamiento. Se adivina que, en el fondo, se eriza el horror al desorden, a la anarquía, lo mismo en la esfera del pensamiento que en la de la acción. La rebeldía estéril repugna a su sentido moral; más aun, a su achicado sentido estético.

Un logrado deseo de claridad y de armonía, flor de cultura y de humanismo, es el que rige y gobierna, lo mismo la cadencia de su frase que el ritmo más hondo y sutil de sus pensamientos. El trasciende de toda su obra. Si tuvo por cúspide de su soñada perfección el milagro griego, la Grecia de mármol de Paros o de Naxos, es porque en ese arquetipo vertió su propio ideal vital. Pidióle el secreto de imponer formas plácidas a la inquietud del pensamiento. Proclamóse heredero de la tradición greco-latina: para superar las limitaciones del

presente ansió integrarse así en la amplitud de un orden tradicional libertador. No quiso romper con la tradición materna, sino continuarla, prolongarla, enriquecerla, rectificándola incessantemente. La tradición concebida en perpetuo devenir. No es miedo al progreso, sino temor a romper el ritmo necesario del progreso. Sentimiento de la tradición, tan alejado del quietismo, como del desasosiego que nace de la ausencia de sano equilibrio espiritual.

Por instinto de orden social, aspiró a imponer a la democracia el culto de las jerarquías verdaderas del espíritu. No quiso legitimar, con aquella palabra que encarna lo más brillante de nuestros recuerdos históricos y lo mejor de nuestras aspiraciones de futuro, el asalto desesperado de las cumbres o el desborde incontenible de apetitos materiales. Amó a la democracia como la forma más libre y amplia del orden social. Anheló para la América suya pueblos, no de borrosos contornos, sino de personalidad de airosos y bien acusados contornos; pueblos hondamente enraizados en la tradición, clavando profundamente en tierra materna sus raíces, para que pudieran desplegar con mayor libertad a los vientos la lozanía de sus frondas florecidas. Quiso al pueblo que no es sólo una multitud inorgánica, sino en el que alienta una conciencia, un alma, un principio espiritual, pueblo capaz de crear nuevas normas éticas y jurídicas, de imprimir huella propia en las obras del espíritu, y no aquella opaca muchedumbre de que habla el pensador germánico, "puramente atendida a los hechos, de hombres sin tradición, que se presentan en masas informes y flotantes", hacinadas en las Suburras de nuestra civilización moderna.

En la vida literaria el sentimiento predominante del orden se tradujo en aquella infalible ponderación de su crítica, toda ella, desde la primera página que concibió, concentrando el amor a lo nuevo con la veneración de las grandezas olvidadas; defendiendo los nombres ilustres del pasado contra la audacia irrespetuosa de los nuevos y exaltando los valores nuevos a despecho de la incomprensión de los cristalizados en normas caducas. Escuda desde el primer momento contra las veleidades iconoclastas de los nuevos la realeza de los maestros

en ocaso, y contra la terca incomprensión de los mentores consagrados, las primicias del arte en formación. Proclama que el ministerio de la crítica "no comprende tareas de mayor belleza moral que las de ayudar a la ascensión del talento real que se levanta y mantener la veneración por el grande espíritu que declina". De ahí aquella crítica suya, la de sus mejores páginas, tan limpia de escorias de pasión, tan levantada sobre motivos circunstanciales, que verdaderamente parece anticipar sobre la obra o el autor juzgados, la mirada tranquila de la posteridad.

En el estilo, en la forma, también un cierto instinto de orden. En su prosa la unidad no es la palabra, sino la frase. Unidad cuyos miembros se traban y enlazan armoniosamente y que nace de una potente disciplina del pensamiento y de la inspiración. Amor de perfección, que aspira a ahorrarnos el asistir al largo y a veces penoso proceso de gestación de la obra, que la limpia y depura de las huellas del esfuerzo gastado en crearla, para brindárnosla ya concluída, en un venturoso momento de plenitud.

Ni disonancias, ni improvisaciones, ni asperezas, ni tumultuosos despliegues de elocuencia: firme la rienda del buen gusto todo aparece en un levantado sosiego de meditación, en una señorial gravedad. Si le faltaron la ironía, la sonrisa, el don de las amables confidencias, ¿y cómo exigirle que reuna en sí todos los modos de belleza? alcanzó a crear un estilo en el que la frase ostenta la tersa firmeza de un perfil marmóreo. Sus ideas, como la Polixena de Eurípides, aun al sucumbir, cuidarían con supremo pudor de artistas, de mantener los pliegues estatuarios de la túnica, dominadas por un inmortal instinto plástico. No una fría ordenación retórica; sino una viva simetría como de flor.

En todo un orden superior: claras ideas que se revisten de nítidas formas. Un alma de latina estirpe. El principio de orden es una noción estética. Pero Rodó fué demasiado hu-

mano, demasiado nutrido de sabiduría para hacer un principio exclusivo, ni siquiera de este entrañable amor a la belleza. No quiso ser un esteta indiferente al bien y a la verdad. Amó el bien con la pasión de un corazón sano. Buscó la verdad y aún, desesperando de poseerla, no renunció, como a un sentimiento enaltecedor de la vida, "al anhelo afanoso y desinteresado que guía a la mente en el camino de adquirirla". De esta trilogía de ideas madres que brillan inmóviles, con tranquilo resplandor en el zenit del pensamiento espiritual—Bien, Verdad y Belleza—fué la Belleza la que le dió una mayor participación en su luz. Si su obra mantiene seguras promesas de inmortalidad es porque toda ella aparece impregnada, bañada de un rayo de ese resplandor celeste.

Las oleadas silenciosas del tiempo golpearán en vano el pedestal en que ha de sustentarse la efigie consagrada de José Enrique Rodó. El correr de los años mostrará su puesto privilegiado en nuestras letras de América. Habíamos poseído prosistas y poetas inspirados. La fuerza desbocada, la arrebatada inspiración, el relámpago de elocuencia, la originalidad jugosa y bravía, el acierto intuitivo del colorista, eran cualidades frecuentes que resaltaban en lo mejor de nuestra producción literaria, casi toda ella improvisada, de pueblos jóvenes. Pero lo que no existía o existía tan sólo a título de excepción o de anticipo, era eso que él nos trajo con su aparición, esa sazón de cultura, esa madurez de espíritu, esa ecuanimidad, esa castidad de horizonte mental, ese dominio del instrumento de la palabra, esa fuerza equilibrada y segura de sí misma que trascienden de su obra.

Contemplado desde una amplia perspectiva, que ya empieza a ser una perspectiva propiamente histórica, se impone a nuestra admiración como el espíritu más armonioso y sereno que haya surgido en tierra americana.

G U S T A V O G A L L I N A L